

# JULIA O LA NUEVA ELOÍSA<sup>1</sup>

Cartas de dos amantes,  
habitantes de un pueblo en la falda de los Alpes,  
reunidas y publicadas  
por J.-J. Rousseau

*Non la connobe il mondo, mentre l'ebbe:  
Connobill' io ch' a pianger qui rimasi.*

PETRARCA<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> El Manuscrito Rey carece de página titular, pero se sabe que el título era «Julia o la moderna Eloísa», y que fue Rousseau quien pidió a Rey que sustituyera «moderna» por «nueva». En otra copia el título es «Julia / o cartas de dos amantes / habitantes». Se impondrá el subtítulo de «la nueva Eloísa» por una cuestión de moda, ya que la historia de Abelardo y Eloísa vuelve a estar de actualidad en el siglo XVIII gracias al artículo que les dedica Bayle en su *Diccionario histórico y crítico* (1697) y a la traducción de las *Cartas de Eloísa y Abelardo* por Bussy-Rabutin, que Rousseau había leído, y a las que debe la forma epistolar de su novela. En cuanto a las semejanzas entre ambas historias, puede decirse que se trata de una inspiración muy libre por parte de Rousseau, con dos claves, no obstante, la relación preceptor-discípula y la relevancia del acto amoroso.

<sup>2</sup> Epígrafe: Non la connobe il mondo, mentre l'ebbe: / Connobill'io ch'a pianger qui rimasi [«El mundo la poseyó sin conocerla, / Yo la conocí, y aquí estoy, llorándola»], Petrarca, *Soneto 294*.



## PREFACIO<sup>3</sup>

**N**ECESITAN espectáculos las grandes ciudades, y novelas los pueblos corrompidos. He sido testigo de las costumbres de mi tiempo, y he publicado estas cartas. ¡Ojalá hubiera vivido en una época que me hubiera permitido echarlas al fuego!

Aunque yo sólo figure como editor, he trabajado en este libro, y no lo oculto. ¿Lo he hecho todo, y la correspondencia entera no es sino ficción? ¿Qué os importa, gentes de mundo, si para vosotros es sin duda una ficción?

Todo hombre de honor debe confesar como suyos los libros que publica. Me nombro pues en cabeza de este volumen, no para apropiármelo, sino por responder de él. Si hubiere mal en él, que se me impute; si bien, no me llevaré los laureles: no quiero pasar por mejor de lo que soy.

En cuanto a la verdad de los hechos, declaro que, habiendo estado en varias ocasiones en el país de los dos

---

<sup>3</sup> El relato tiene dos prefacios: Rousseau anuncia a Rey el 14 de marzo de 1759 que ha redactado un «escrito sobre las Novelas» (que acabará siendo el segundo prefacio), destinado en principio a ser publicado autónomamente; pero Rousseau quiere anunciarlo en cabeza de su novela, y hace una especie de resumen, que será el primer prefacio. El primer tomo de la novela aparece a finales de enero de 1761 con el prefacio-resumen encabezándolo; al mismo tiempo Duchesne publica el escrito sobre las novelas, con una breve «advertencia» explicativa. A partir de 1764, *La nueva Eloísa* se publicará con sus dos prefacios.

amantes, nunca oí hablar del barón de Étange, ni de su hija, ni del señor de Orbe, ni de Milord Eduardo Bomston, ni del señor de Wolmar. Asimismo advierto que la topografía aparece torpemente alterada en varios lugares, ya sea para desorientar al lector, ya sea por ignorancia del propio autor. Es todo lo que puedo decir. Que cada uno piense lo que quiera.

Este libro no se ha hecho para correr mundo, y conviene a escasos lectores. El estilo no agradará a las personas de buen gusto, y la materia alarmará a las severas; ningún sentimiento parecerá natural a quienes no creen en la virtud. Incomodará a los devotos, a los libertinos, a los filósofos; debe chocar a las mujeres galantes, y escandalizar a las honestas. ¿A quién gustará entonces? Puede que solamente a mí; pero seguro que a nadie gustará a medias.

Quien se decida a leer estas cartas debe armarse de paciencia para soportar las faltas de lengua, el estilo enfático e inexpresivo, y las ideas vulgares traducidas en términos ampulosos. Ha de precisarse de antemano que quienes las escriben no son franceses, ni personas distinguidas, ni académicos, ni filósofos, sino unos provincianos, unos extranjeros, solitarios, jóvenes, casi niños que, en su novelesca imaginación, toman por filosofía lo que no es sino desvarío de sus cerebros.

¿Por qué temería decir lo que pienso? Este libro, con ese tono gótico<sup>4</sup> suyo, conviene más a las mujeres que las obras de filosofía. Puede incluso resultar útil para aquéllas que, llevando una vida desordenada, han conservado cierto apego a la honestidad. En cuanto a las doncellas, es distinto. Nunca joven casta leyó novelas, y de ahí mi atrevido título, para que, al abrirlo, supieran a qué atenerse. Quien de entre ellas, a pesar del título, ose leer una sola página, es una mujer perdida, pero que no impute su extravío a este libro,

---

<sup>4</sup> *Gótico*, según Littré, «pasado o fuera de moda», «lleno de antítesis».

porque el mal ya estaba hecho. Y puesto que ha comenzado, que acabe de leer, ya que no tiene nada que perder.

Si un hombre austero, al recorrer esta colección de cartas, siente rechazo desde las primeras partes, tira furioso el libro, y se indigna con el editor, no me quejaré de su injusticia; en su lugar, yo habría podido hacer lo mismo. Si, tras leerlo entero, alguien se atreviera a censurarme por haberlo publicado, que lo diga, si quiere, al mundo entero, pero que no venga a decírmelo a mí, porque ya nunca podría estimar a un hombre así.



## ADVERTENCIA<sup>5</sup>

**E**STE diálogo o supuesta discusión estaba destinado en un principio a servir de prefacio a las *Cartas de los dos amantes*. Debido a su forma y su extensión, sólo había podido ponerse fragmentado precediendo la colección de cartas, pero ahora lo publico entero, con la esperanza de que se encuentren en él opiniones útiles sobre este tipo de escritos. He creído oportuno, de hecho, esperar a que el libro hiciera efecto, antes de ponerme a discutir sus inconvenientes y ventajas, para no perjudicar al editor ni tener que mendigar la indulgencia del público.

---

<sup>5</sup> Esta advertencia explica los avatares de este texto hasta que se publicó por entero como segundo prefacio desde la edición de 1764, así como justifica lo inusual en la época de prologar una novela por una reflexión teórica tan extensa en vez de, como sugiere el propio Rousseau, por una *captatio benevolentiae*. Ciertamente es que el *diálogo* es un género que vuelve a ponerse de moda en el Siglo de las Luces, sobre todo para los textos de carácter filosófico. Con este diálogo, pretende también Rousseau dar sus cartas de nobleza a la novela que anuncia.





## SEGUNDO PREFACIO<sup>6</sup>

**N.** Aquí tenéis vuestro manuscrito; lo he leído todo entero.

**R.** ¿Todo entero? Ya veo; no contáis con muchos imitadores, ¿no?

**N.** *Vel duo, vel nemo.*

**R.** *Turpe et miserabile!*<sup>7</sup>. Pero quiero un juicio positivo.

**N.** No me atrevo.

**R.** Ya os habéis atrevido bastante diciendo eso. Explicaos.

**N.** Mi juicio depende de la respuesta que vais a darme. ¿Esta correspondencia es real o mera ficción?

**R.** No veo a qué viene la pregunta. Para decir si un libro es bueno o malo, ¿qué importa saber cómo se ha hecho?

**N.** Importa mucho en este caso. Un retrato tiene siempre valor si se parece al original, por muy extraño que sea el modelo. Pero en un lienzo fruto de la imaginación, la figura humana debe tener rasgos comunes a todos los hombres,

---

<sup>6</sup> Llamado «Diálogo sobre las novelas». No se posee manuscrito alguno de este segundo prefacio; lo publicó Duchesne el 16 de febrero de 1761; Rey lo contrahizo inmediatamente, incorporándolo en el tomo II de la nueva tirada de su edición.

<sup>7</sup> Persio, *Sátiras*, I, 4: «O bien dos, o bien ninguno». «¡Vergonzoso y deplorable!».

o el cuadro no vale nada. Aun suponiendo que ambos sean buenos, sigue habiendo una diferencia, y es que el retrato interesa a muy poca gente, mientras que el cuadro sí puede agradar al público en general.

R. Ya veo. Si las cartas son retratos, no interesan; si son cuadros, imitan mal; ¿no es así?

N. Así es.

R. Ya veo que tendré que ir sonsacándoos las respuestas antes de que respondáis. En cuanto a vuestra curiosidad, como no puedo satisfacerla, no tendréis más remedio que conformaros y satisfacer la mía. Sólo os digo que os pongáis en lo peor: mi Julia...

N. ¡Oh! ¡Si hubiera existido!

R. ¿Sí?

N. Pero seguro que no es más que una ficción.

R. Suponedlo.

N. En tal caso, no conozco nada de peor gusto. Esas cartas no son cartas; esa novela no es una novela; los personajes son gentes del otro mundo<sup>8</sup>.

R. Lo siento por éste.

N. Consolaos; locos tampoco faltan, pero como los vuestros, ninguno.

R. Podrías... No, ya veo de qué trucos se vale vuestra curiosidad. Pero ¿por qué pensar así? ¿Sabéis hasta qué punto difieren unos de otros los hombres, lo poco que se parecen sus caracteres, lo que varían las costumbres, los prejuicios, según los tiempos, los lugares, las edades? ¿Quién se atreve a asignar límites precisos a la naturaleza y decir «hasta aquí puede llegar el hombre y no más allá»?

N. Con tan bello razonamiento, los monstruos insólitos, los gigantes, los pigmeos, las quimeras de toda especie, todo tendría cabida específicamente en la naturaleza, todo aparecería desfigurado, y dejaríamos de tener un modelo

---

<sup>8</sup> Del paraíso, del cielo, por lo virtuosos.

común. Os repito que en los cuadros de la humanidad, debe reconocerse al hombre.

R. Estoy de acuerdo con vos, con tal de que se sepa distinguir lo que diferencia a las variedades de lo que es esencial en la especie. ¿Qué diríais de quienes reconocieran la nuestra sólo por su traje a la francesa?

N. ¿Y qué diríais vos de quien, sin precisar ni rasgos ni talle, quisiera pintar una figura humana con un velo por todo vestido? ¿No tenemos derecho a preguntarle dónde está el hombre?

R. ¡Ni rasgos ni talle! ¿Estáis siendo justo? Nadie es perfecto: ésa es la quimera. Una joven mancillando lo que más adora, la virtud, y reconducida al deber por el horror de la perspectiva de un crimen aún mayor; una amiga demasiado fácil, castigada al final por su propio corazón debido a su exceso de indulgencia; un joven honrado y sensible, lleno de debilidad y de hermosos discursos; un viejo caballero aferrado a su nobleza, sacrificándolo todo a la opinión; un inglés generoso y valiente, siempre apasionado en la prudencia, y sempiterno razonador sin tener razón...

N. Un marido bonachón y hospitalario, deseando instalar en su casa al antiguo amante de su mujer...

R. Os remito al pie de la ilustración<sup>9</sup>.

N. ¡*Las bellas almas!* ¡Menuda expresión!

R. ¡Oh, filosofía! ¡Qué empeño en encoger los corazones, en empequeñecer a los hombres!

N. El espíritu novelesco los hace grandes y los engaña. Pero volvamos a lo nuestro. ¿Las dos amigas?... ¿Qué decís de ellas?... ¿Y esa súbita conversión en el templo?... ¿La gracia, sin duda?...

R. Señor...

N. Una mujer cristiana, una mujer devota que no enseña el catecismo a sus hijos; que muere sin haber querido

---

<sup>9</sup> «Véase la séptima ilustración». (Nota de J.-J. R.).

rezar a Dios; muerte que, no obstante, resulta edificante para un pastor y redentora para un ateo... ¡Oh!...

R. Señor...

N. En cuanto al interés que debe despertar en todo el mundo, es absolutamente nulo. Ni una sola mala acción, ni un solo hombre malvado que haga temer por los buenos; unos acontecimientos tan naturales, tan sencillos, que lo son demasiado: nada sorprendente, ningún lance inesperado. Todo está calculado desde mucho tiempo antes, todo sucede como se había previsto. ¿Merece la pena tomar nota de lo que cada uno de nosotros puede ver en su casa o en la del vecino?

R. Es decir, que necesitáis hombres comunes y acontecimientos excepcionales. Yo preferiría lo contrario. Además, veo que juzgáis lo que habéis leído como si fuese una novela. Y no lo es; vos mismo habéis dicho que se trataba de una colección de cartas...

N. Que no son cartas; también creo haber dicho eso. ¡Qué estilo epistolar! ¡Qué afectación! ¡Cuántas exclamaciones! ¡Cuánta pretensión! ¡Qué énfasis para decir sólo cosas vulgares! ¡Cuánta palabrería para tan poco razonamiento! Casi siempre sin sentido, sin proporción, sin finura, ni fuerza, ni profundidad. Una dicción siempre en las nubes, y unas ideas que no levantan del suelo. Si vuestros personajes existen en nuestra naturaleza, confesad al menos que vuestro estilo no es nada natural.

R. Confieso que, tal como veis las cosas, es normal que así os parezca.

N. ¿Pensáis acaso que el público va a verlas con otros ojos? ¿Para qué me pedís pues mi opinión?

R. Si os replico es porque quiero saber más. Os gustaría unas cartas listas para imprimir.

N. No me parece una voluntad fuera de lugar, teniendo en cuenta que se van a imprimir.

R. Entonces, ¿sólo veremos a los hombres en los libros tal y como quieren mostrarse en ellos?

N. Al autor, tal y como quiere mostrarse; los hechos por él, tal y como son. Pero tampoco se encuentra aquí esta cualidad. Ni un solo retrato pintado con vigor, ni un carácter bien marcado, ni una observación sólida, y ningún conocimiento del mundo. ¿Qué puede aprenderse en la pequeña esfera de dos o tres amantes o amigos tan sólo ocupados de sí mismos?

R. Se aprende a amar a la humanidad. En las grandes sociedades sólo se aprende a odiar a los hombres.

Vuestro juicio es severo; el del público lo será sin duda más aún. Sin tacharlo de injusto, quiero deciros, a mi vez, cómo veo yo estas cartas, no tanto para excusar los defectos que les encontráis, como para dar con el origen de éstos.

En el retiro, se ve y se siente de manera muy distinta a cuando se está en contacto con el mundo; las pasiones, modificadas de forma diferente, se expresan a su modo; la imaginación, siempre afectada por los mismos objetos, siente todo con mayor intensidad. Ese pequeño número de imágenes vuelve sin cesar, se mezcla con las ideas, y produce esa manera de hablar algo extraña y poco variada que suele percibirse en los discursos de todos los solitarios. ¿Es por ello más enérgico su lenguaje? En absoluto. Tan sólo es extraordinario. Sólo en sociedad se aprende a hablar con energía. Primero, porque siempre hay que decir más y mejor que los demás, y luego porque, a fuerza de afirmar a cada momento lo que no se cree, de expresar sentimientos que no se tienen, se busca dar a lo que se dice un tono de persuasión que supla la carente persuasión interior. ¿Creéis que las personas realmente apasionadas poseen esa manera de hablar viva, fuerte, llena de colorido, que admiramos en dramas y novelas? No; la pasión, colmada de sí misma, se expresa con más abundancia que fuerza; ni siquiera piensa en persuadir; ni se le ocurre que pueda dudarse de ella. Cuando dice lo que siente, no es tanto por exponerlo a los demás como para aliviarse. Se pinta con más vivacidad el amor en las grandes ciudades; ¿se siente mejor allí que en las aldeas?

N. Dicho de otra manera, la debilidad del lenguaje prueba la fuerza del sentimiento.

R. Al menos muestra a veces la verdad del sentimiento. Leed una carta de amor hecha por un autor en su despacho, por uno de esos escritores ingeniosos con ganas de brillar; por poca llama que tenga en la cabeza, su carta va a hacer que arda el papel, pero el calor no llegará más lejos. Y vos quedaréis encantado al leerla, incluso hasta agitado, quién sabe, pero será una de esas agitaciones pasajeras y secas<sup>10</sup>, que no os dejará en el recuerdo sino palabras. Al contrario, una carta que ha dictado realmente el amor, una carta de un amante verdaderamente apasionado, será floja, difusa, larga, desordenada, estará llena de repeticiones. Su corazón, lleno de un sentimiento desbordante, dice siempre lo mismo, y nunca acaba de decirlo, como una fuente viva que brota sin cesar y nunca se agota. Nada sobresaliente, nada digno de mención; no se retienen ni palabras, ni expresiones, ni frases; no se admira nada, nada fascina. No obstante, siente uno el alma enternecida, se nota emocionado sin saber por qué. Si la fuerza del sentimiento no nos afecta, su verdad nos conmueve; y así es como habla el corazón al corazón. Pero quienes no sienten nada, quienes sólo conocen la verborrea de las pasiones, no saben nada de tales bellezas, y las desprecian.

N. Proseguid.

R. De acuerdo. En esta última especie de cartas, puede que los pensamientos sean vulgares, pero no así el estilo, ni ha de serlo. El amor es sólo ilusión; se forja, por así decirlo, otro universo, se rodea de objetos inexistentes, a los que

---

<sup>10</sup> Aquí Jean-Jacques subraya el efecto que quiere provocar en el lector: conmoverlo hasta las lágrimas. Sobre la autenticidad de las cartas, Rousseau hace hincapié en la verdad de los sentimientos expresados, más allá de lo anecdótico de la existencia real o no de los personajes figurados, superando así el tradicional debate sobre verdad, verosimilitud y ficción literarias.

sólo él ha dado el ser, y como traduce todos esos sentimientos en imágenes, su lenguaje es siempre figurado. Pero sus figuras carecen de sentido común y de lógica; su elocuencia no tiene orden ni concierto; cuanto menos razona, más prueba. El entusiasmo es el último grado de la pasión<sup>11</sup>. Cuando llega a su punto culminante, ve su objeto perfecto, hace de él su ídolo, lo coloca en el cielo, e igual que el entusiasmo de la devoción toma prestado el lenguaje del amor<sup>12</sup>, el entusiasmo del amor emplea el lenguaje de la devoción. Sólo ve el paraíso, los ángeles, las virtudes de los santos, las delicias de la morada celeste. En medio de tales arrebatos<sup>13</sup>, rodeado de tan ensalzadas imágenes, ¿hablará en términos que no levanten del suelo? ¿Se rebajará, envilecerá las imágenes con expresiones vulgares? ¿No elevará su estilo? ¿No lo revestirá de nobleza y dignidad? ¿Pero qué decís de cartas, de estilo epistolar? Cuando se escribe a quien se ama, ¿como para pensar en estilos epistolares! ¡No se escriben cartas sino himnos!

N. Ciudadano<sup>14</sup>, se os está acelerando el pulso.

R. No, ved el invierno posado en mi cabeza<sup>15</sup>. Hay una edad para la experiencia, otra para el recuerdo. El sentimiento acaba por apagarse, sin embargo el alma sensible perdura.

Pero volvamos a nuestras cartas. Si las leéis como la obra de un autor que quiere agradar o que se jacta de ser buen escritor,

---

<sup>11</sup> Sobre la importancia del «entusiasmo» en el siglo XVIII da fe la *Carta sobre el entusiasmo* de Shaftesbury, y el debate que suscitó en toda Europa, trad. al español por A. Andreu Rodrigo, Barcelona, Crítica, Col. «Filosofía. Clásicos», 1997.

<sup>12</sup> Puede ser una alusión a la literatura mística o simplemente al *Cantar de los Cantares*, lo que parece más probable en el caso de Jean-Jacques.

<sup>13</sup> El arrebato, sinónimo de furor o éxtasis, acompaña siempre al entusiasmo, de la naturaleza que sea.

<sup>14</sup> Rousseau era ciudadano de Ginebra, estatuto especial del que gozaban los nacidos en dicha ciudad, y a menudo sus contemporáneos le llamaban así.

<sup>15</sup> Jean-Jacques tiene entonces cincuenta años.

desde luego son deleznable. Pero tomadlas por lo que son, y juzgadlas dentro de su especie. Dos o tres jóvenes sencillos, pero sensibles, conversan entre sí acerca de los intereses de sus respectivos corazones. No piensan en brillar a los ojos de los demás. Se conocen y se quieren demasiado mutuamente como para que el amor propio intervenga entre ellos. Son unos niños, ¿por qué habrían de pensar como hombres? Son extranjeros ¿por qué habrían de escribir correctamente? Son unos solitarios, ¿por qué habrían de conocer el mundo y la sociedad? Ocupados enteramente por el único sentimiento que les interesa, están en pleno delirio, y piensan que pueden filosofar. ¿Queréis que sepan observar, juzgar, reflexionar? No tienen ni idea: saben amar, ni más ni menos, y todo lo reducen a su pasión. ¿Acaso no es más divertida la importancia que dan a sus locas ideas que la aburrida exhibición de todo el ingenio del mundo? Hablan de todo; se equivocan acerca de todo; no dan a conocer nada que no sea ellos mismos, pero, al darse a conocer, se les va cogiendo cariño; sus errores son más valiosos que toda la instrucción de los sabios; sus honestos corazones nunca se alejan, ni en sus faltas, de la virtud, siempre confiada y siempre traicionada. Nada ni nadie les entiende, nada ni nadie les da una respuesta, todo y todos les desengañan. Pero ellos se niegan a admitir las verdades decepcionantes, y como no encuentran en ningún lado lo que buscan, se encierran en sí mismos; se separan del resto del universo, y crean entre sí un pequeño mundo distinto del nuestro, donde forman un espectáculo<sup>16</sup> verdaderamente nuevo.

N. Estoy de acuerdo en que un muchacho de veinte años y unas jovencitas de dieciocho no deben hablar como unos filósofos de verdad, por muy instruidos que sean, y

---

<sup>16</sup> Opone aquí voluntariamente el ciudadano de Ginebra este espectáculo «natural», donde actor y espectador se confunden en una misma privacidad y emotividad, a los espectáculos, decadentes, de nuestro mundo y no «del otro», que necesitan las grandes ciudades, y con cuya referencia inauguraba esta reflexión.



por mucho que se lo crean; confieso incluso haberme dado cuenta de que las chicas acaban por convertirse en mujeres de mérito, y el jovencuelo en mejor observador. No estoy comparando el principio y el final de la obra. Los detalles de la vida doméstica borran las faltas de la primera edad<sup>17</sup>; la casta esposa, la mujer sensata, la digna madre de familia, hacen olvidar a la amante culpable. Pero hasta en esto encuentro motivo de crítica: el final de las cartas vuelve el comienzo aún más reprehensible; se diría que son dos libros diferentes que no deben leer las mismas personas. Si se quiere mostrar a personas razonables, ¿por qué hacerlo antes de que evolucionen? Los juegos infantiles que preceden las lecciones de sabiduría, impiden que lleguemos a éstas; el mal escandaliza antes de que pueda edificar el bien; el lector, indignado, asqueado, abandona el libro justo en el momento en que podía empezar a sacar provecho.

R. Pienso, al contrario, que el final de la obra resultaría superfluo a los lectores repelidos por el comienzo, y que dicho principio ha de resultar agradable a quienes quieran encontrar útil el final. De tal manera que quienes no terminen el libro no se perderán nada, porque no es adecuado para ellos; y éstos para quienes va a ser provechoso, no lo habrían leído entero de haber empezado con un tono más grave. Para que lo dicho resulte realmente útil, lo primero es hacerse escuchar por quienes lo necesitan.

He cambiado de medio pero no de objeto. Cuando he intentado hablar a los hombres, no se me ha comprendido; quizá si hablo a los niños se me entenderá mejor<sup>18</sup>; porque

---

<sup>17</sup> Dentro de la aprehensión tetralógica del universo, en el siglo XVIII aún se hablaba de las cuatro edades del hombre: infancia y adolescencia, juventud, madurez, y vejez.

<sup>18</sup> Siempre se defendió Rousseau contra quienes le acusaron de mal padre por haber abandonado a sus hijos en los *Enfants-trouvés*, afirmando, no sin cierto tono crítico, que los niños se acercaban naturalmente a él y que se entendía a la perfección con ellos.

a los niños le cuesta tragar tanto la razón desnuda como los remedios mal disfrazados:

Così all' egro fanciul porgiamo aspersi  
Di soave licor gl' orli del vaso;  
Succhi amari ingannato in tanto ei beve,  
E dall' inganno suo vita riceve<sup>19</sup>.

N. Mucho me temo que volvéis a equivocaros; chuparán el borde del vaso pero no se beberán la pócima.

R. En tal caso no será culpa mía; habré hecho todo lo que estaba en mis manos para que la tomaran.

Mis jóvenes son dignos de ser amados; pero para amarlos a los treinta años, hay que haberlos conocido a los veinte. Hay que haber vivido mucho tiempo con ellos para estar a gusto en su compañía; y sólo después de haber lamentado sus faltas pueden apreciarse sus virtudes. Sus cartas no interesan así, de repente, inmediatamente; nos van seduciendo poco a poco; queremos dejarlas, pero no podemos. No tienen ni gracia ni soltura, ni razón, ni ingenio, ni elocuencia; pero tienen sentimiento; y ese sentimiento va comunicándose gradualmente<sup>20</sup>, y al final él solo suple todo lo demás. Es un largo romance cuyos versos, tomados por separado, no dicen nada pero en conjunto producen efecto. Eso es lo que yo siento al leer estas cartas; decidme si sentís lo mismo.

N. No. Concibo sin embargo tal efecto en vos: si sois el autor, el efecto es de lo más simple; aunque no lo sea, sigo entendiéndolo. Un hombre que vive en medio de la socie-

---

<sup>19</sup> T. Tasso, *Jerusalén libertada*: «Así pues, para hacer que un niño enfermo se tome una medicina, se tiene la costumbre de frotarle el borde del vaso con un licor. Él se traga el brebaje y recibe la cura del engaño que ha sufrido».

<sup>20</sup> La importancia del concepto de gradación en la filosofía de las Luces en general y en la educativa en particular se refleja también en el pensamiento rusoniano.

dad mundana puede acostumbrarse a las ideas extravagantes, al *pathos*<sup>21</sup> afectado, a la continua sinrazón de sus buenas gentes; un solitario puede llegar a apreciar todo eso, vos mismo habéis dicho por qué. Pero, antes de publicar este manuscrito, pensad que el público no está hecho de ermitas. Como mucho, podría suceder que tomaran a su hombreillo por Celadón, a su Eduardo por Don Quijote, a sus cotorras por dos Astreas, y que se divirtieran con ellos, de puro locos. Pero las locuras excesivas no hacen gracia: hay que escribir tan bien como Cervantes para conseguir que la gente lea seis volúmenes de visiones<sup>22</sup>.

R. La razón que os haría suprimir esta obra es la misma que me anima a mí a publicarla.

N. ¡Cómo! ¿La certeza de no ser leído?

R. Os pido un poco de paciencia, y veréis cómo me entendéis.

En materia de moral, no hay, creo yo, lectura útil para los mundanos. En primer lugar, porque la multiplicación de los libros nuevos que hojean y en los que van leyendo los pros y los contras, hace que se anule el efecto de lectura y que el resultado sea igual que no haber leído nada. Tampoco los libros escogidos que se releen producen ningún efecto: si sostienen las máximas mundanas, son superfluos; si las combaten, inútiles, ya que encuentran a quienes los leen encadenados irremediabilmente a los vicios de la sociedad.

---

<sup>21</sup> Littré: «Estilo donde una emoción verdadera o ficticia se enmascara tras un énfasis desplazado, tras un ardor afectado».

<sup>22</sup> Celadón y Astrea son los pastores protagonistas de la novela bucólica más famosa de la literatura francesa del siglo xvii: *L'Astrée*, de Honoré d'Urfé. En cuanto al *Quijote*, siguió estando de moda en la Francia del siglo xviii, leído a través de distintas traducciones, representado en grabados y pinturas, citado por los autores más célebres, como una de las obras más importantes de la literatura occidental, y también como origen de un personaje mítico, Don Quijote, prototípico del loco que llega a serlo por la lectura de novelas, pero también del rebelde, del solitario, del soñador. La edición del *Quijote* solía constar de seis volúmenes.